

santa, ni templo preferido y proclamaban que Dios escuchaba á todos los hombres, que todos los lugares eran buenos para adorarle y que se encontraria en espíritu y en verdad en donde quiera que se le implorase. Dada la disolucion del politeismo y la tendencia general de las almas, esta religion cosmopolita era la verdadera religion del imperio y fué la gloria de Constantino haber reconocido esta verdad. La unidad imperial fué desde entónces un reflejo de la unidad divina.

Pero ántes de llegar ahí, el mundo oficial quiso tentar un esfuerzo para hacer desaparecer el cristianismo, olvidando que si incoherente y desorganizado habia sobrevivido á Neron, en el grado de integracion á que en tiempo de Diocleciano habia llegado, era insensato pensaren destruirlo por la fuerza. Parece que Galerio decidió á Diocleciano á decretar la persecucion. Los cristianos habian gozado de una paz casi completa hasta entonces, y en la familia del emperador y en las mas altas funciones civiles y militares tenian numerosos correligionarios. Los obispos ejercian cada vez mayor influjo en sus diócesis y, como lo observa sagazmente Gibbon, los disturbios y luchas interiores que desgarraban, segun Eusebio, el seno de la Iglesia, son la prueba mejor de la actitud benévola del poder político hácia ella.

Por fin Galerio arrancó á Diocleciano un terrible edicto que ordenaba que todo cristiano recalitrante fuese quemado vivo, sus libros sagrados y sus templos destruidos, sus bienes confiscados, y la violencia de aquel edicto monstruoso llegaba hasta crear una situacion inferior para el cristiano ante los tribunales en el curso ordinario de la vida, se decretaba la injusticia para él. Muchos fueron débiles ante esta horrible penalidad, otros pagaron su

firmeza con su vida ó su fortuna. Si la dulzura prudente de Diocleciano hubiera podido influir en la aplicacion del edicto, esta dulzura se cambió en odio y en miedo cuando los repetidos incendios del palacio imperial en Nikomedia hicieron suponer que los cristianos querian vengarse. El mundo entero fué ensangrentado, nuevos edictos reforzaron el primero y hasta en una de las provincias en que el afecto de Constantino Chloro por los cristianos hacia esperar que aquella legislacion salvaje no fuese aplicada, en España, el cruel Daciano cebó su ferocidad de fanático en los confesores de la nueva fé.

Pero á poco tiempo la persecucion como un arma mellada cansó la mano de los verdugos; á pesar de las órdenes brutales de Galerio y de Maximiano solo se siguió cumpliendo la ley por sobresaltos de furor; la Iglesia habia sobrevivido á la prueba, merecia triunfar y el triunfo se acercaba rápidamente.

Diocleciano, obligado por los disgustos que le causaba el estado violento que la persecucion habia introducido en el imperio, por su débil salud y quizá por el deseo de ver funcionar la ingeniosa máquina de gobierno que habia inventado, abdicó la púrpura, hizo que su colega Maximiano abdicase el trono en Milan y se retiró á su espléndida casa de Salone, capital de la Dalmacia, en donde al revés de lo que sucedió con Carlos V cuando se retiró al monasterio de Yuste, parece que no volvió á ocuparse activamente de la política. (305). Diocleciano murió ocho años después.

El ascendiente que ejercía Galerio sobre Diocleciano, le hizo creerse árbitro absoluto del imperio. Dejó, al tomar el título de Augusto, que Diocleciano le nombrara el César, que fué su sobrino Daza, llamado después Maximino, un rústico de instintos feroces, y

él nombró el suyo á Constancio que tambien habia ascendido á Augusto. La eleccion de Galerio se fijó en un hábil oficial, pero hombre de placeres, Severo, que tomó posesion de Italia y Africa.

Quince meses despues de haber subido al rango de Augusto el hábil y modesto Constantino Chloro, sucumbió en York, en Bretaña, y sus legiones proclamaron á Constantino, hijo de su primer matrimonio con Helena, convertida despues al cristianismo por los cuidados de su hijo, y que la Iglesia colocó en el número de sus santos. Helena habia sido repudiada por Constancio, cuando su elevacion al trono lo obligó á desposarse con Theodora, hija de la mujer de Maximiano. Constantino, dotado de tan brillantes cualidades militares como su padre y dotado del don de mando, en un grado superior, habia logrado escaparse de la corte de Galerio, en donde estaba en rehenes, y recogió en York el legado de su padre y la recomendacion de velar por sus hermanos, los hijos de Theodora, recomendacion religiosamente cumplida. El feroz Galerio reconoció á Constantino pero solo con el título de César.

Mientras así perdia su esperanza de dominar las Galias, su celo en seguir la obra de Diocleciano reduciendó á la Italia al derecho comun, le hacia perder esta provincia. Majencio, el inepto y vicioso hijo de Maximiano que Galerio habia relegado al olvido al elegir Césares, tramó una conspiracion, se apoderó de Roma, y el Senado y el pueblo lo proclamaron emperador. Inmediatamente salió de su retiro Maximiano, dividió el trono con su hijo y en el acto se puso en campaña contra Serero, á quien hizo capitular en Ravena condenándolo á muerte poco despues.

Los rebeldes intentaron contraer una

estrecha alianza con Constantino, que se casó solemnemente con Fausta, la hija de Maximiano, pero cuando Galerio invadió la Italia, se mantuvo prudentemente en una neutralidad armada, que no rompió ni despues del fracaso completo de la expedicion de Galerio. Este elevó á su vuelta, á su compañero de armas, Licinio, á la dignidad de César y como Maximino, que gobernaba el Oriente y el Africa manifestara su desagrado, Galerio lo nombró Augusto y hubo en el imperio seis emperadores á la vez.

La primera ruptura del equilibrio vino de Italia: Maximiano y su hijo Majencio, que cada vez se hacia más odioso á los romanos, se disgustaron. Arrojado de Italia por su hijo buscó un refugio en la corte de Constantino, y poco despues, aprovechándose de una ausencia de éste, que habia ido á combatir á los francos, provocó una rebelion contra su bienhechor quien, despues de capturarlo en Marsella, le hizo dar muerte. (308)

Poco despues de Maximiano murió Galerio, y los cuatro emperadores restantes quedaron expiándose mutuamente, prontos á destruirse á la primera oportunidad. Majencio fué el primero que provocó la guerra contra Constantino, á quien llamaban sin cesar el pueblo, y el Senado de Roma, cansados de la innoble tiranía del hijo de Maximiano. Constantino, con un ejército reducido pero en quien tenia plena confianza pasó los Alpes por el Mont-Cenis, bajó al Piamonte, tomó á Suza, derrotó á los generales de Majencio cerca de Turin, entró en Milan y despues de tomar á Verona y de vencer á Pompeianus, el mejor de los oficiales de su rival, marchó sobre Roma. En ménos de dos meses puso término á la conquista de Italia, venciendo á Majencio en *Saxa Rubra* y entrando á la

capital del mundo cuando el indigno tiranuelo hubo perecido en el Tiber. (312)

Constantino permaneció poco tiempo en Roma: despues de algunas arengas banales al Senado y de sujetarlo sistemáticamente al tributo que solia exigirles Majencio y que habia motivado su ódio profundo contra este príncipe, el vencedor, en cuyas enseñas, para escándalo de aquella obstinada aristocracia politeista, brillaba la cruz de los esclavos, marchó á Milan en donde celebró una alianza solemne con Licinius; mas las fiestas se interrumpieron porque mientras que Constantino corria á contener una invasion de los bárbaros, Licinius recibia noticia de que Maximino el emperador de Oriente habia penetrado en Bizancio y amenazaba la Thracia. Licinius corrió velozmente á su encuentro con sus ilirios y destrozó completamente á Maximino que murió poco tiempo despues. El imperio no reconocia mas que á dos emperadores; la cuestion se simplificaba. Solo y triste en Salona, vegetaba Diocleciano, intercediendo en vano por su mujer y su hija que de las garras de Maximino habian pasado á las de Licinius que las hizo perecer en infames suplicios, sin que la historia haya podido encontrar datos que expliquen, cuando ménos, esta conducta inhumana.

Durante la permanencia de los dos emperadores en Milan, se promulgó el famoso Edicto que lleva el nombre de esta ciudad y en el que ambos decretan la tolerancia universal en materia religiosa y ordenan que sean devueltos á los cristianos, sin dilacion, sus bienes y sus templos. El Edicto de Milan fué muy poco respetado por Licinio, que solo lo adoptó por deferencia hácia Constantino, y por convencimiento quizá de que al politeismo desorganizado completamente en aquel mundo heterogéneo, era preciso susti-

tuir una religion perfectamente disciplinada, que se basaba en una fé ardiente é inquebrantable y que profesaba el dogma del origen divino del poder imperial. Constantino, que solo se bautizó poco ántes de morir, á pesar de que conservaba cierta devocion supersticiosa por algunos dioses paganos como Apolo, estaba completamente decidido no solo á igualar al cristianismo con la religion oficial de Roma como lo hizo el Edicto de Milan, sino á darle la preponderancia. Así vió con gusto probablemente que se acreditaran las leyendas relativas á un sueño en que Jesus mismo se le habia aparecido y á la famosa vision de que habló por primera vez Eusebio, el célebre obispo amigo del emperador, despues de la muerte de éste. Esa vision dió origen á la formacion del *labarum* que era un alta pica con un atravesañ del que pendia una tela en donde los retratos del emperador y de sus hijos estaban bordados. En la parte superior del hasta en medio de una corona de oro brillaba el monograma del Cristo y el signo de la Cruz: en una medalla del emperador Constancio, se vé el *labarum* con la conocida inscripcion *in hoc signo vinces*.

Léjos de nosotros la idea de sostener que Constantino haya sentado en el trono á la religion cristiana por un mero cálculo, no. Basta leer los pormenores de su vida, conocer el medio en que fué educado y el espíritu de su tiempo, para comprender que un soldado inteligente, pero que no era un filósofo y que ya estaba admirablemente preparado para ser cristiano, tenia que ceder por completo ante los argumentos que le eran repetidos cuotidianamente por hombres de la talla de Lactancio y de Eusebio. Pero que al través de estos impulsos de su entendimiento, vió y comprendió lo útil de la obra para el

éxito de sus designios de monarquía universal, es otro hecho innegable. Fué pues la empresa de Constantino, hija del cálculo y de la fé, del sentimiento y de la razon, por eso fué tan duradera. La primera lucha entre Constantino y Licinio fué provocada por éste, que tramó un complot con el rico Bassiano á quien Constantino habia hecho César y que estaba impaciente de recibir el mando exclusivo de las provincias que su bienhechor le habia prometido. Bassiano pereció, y Licinio, vencido en dos batallas, tuvo que pedir la paz y que ceder la Grecia y la Pannonia, la Dalmacia, la Dacia y la Macedonia. Un César nombrado por Licinio, Valens, fué sacrificado al ódio del vencedor.

Este se ocupó durante ocho años, de legislar y Gibbon tiene como las dos leyes más notables de este tiempo, la que se ocupa de proteger á los padres pobres cargados de familia, y la rigorosísima dada contra los raptos y seductores, que el historiador ingles critica severamente. Tambien hizo una gloriosa expedicion entre los godos que habian invadido el imperio y llevó sus legiones hasta el corazon de la Dacia.

La paz entre Licinio y Constantino era una tregua, y los dos rivales la emplearon en prepararse para la lucha suprema. La guerra estalló en 723. Los formidables ejércitos de Licinio fueron vencidos en Andrinopla, gracias al heroico comportamiento de Constantino y al valor de los soldados inflamados por la vista del *labarum* que flotaba en el centro del combate. Licinio, vencido, se encerró en Bizancio; allí lo sitió Constantino, mientras su animoso hijo Crispo, deshacia la flota enemiga en el Helesponto. Licinio pasó el Asia Menor y reunió un nuevo ejército que fué vencido en Scutari: la matanza fué espantosa. El emperador se arrojó á los piés de Constantino, que lo confi-

nó á Thesalónica en donde recibió la muerte poco despues. Estas victorias habian hecho de Constantino el dueño único del imperio.

DE CONSTANTINO (323) Á AUGUSTULO (476).

*De Constantino á Theodosio.* (323-394).—Ha concluido la historia de Roma y empieza la del bajo imperio. Es esta un epilogo al par que un prólogo, época de transicion en que toman el primer lugar en la escena del mundo los antecesores bárbaros de los pueblos que han de recoger el legado de la civilizacion humana. Nos contentaremos pues con una narracion sumaria de los hechos culminantes de este período, circunscribiéndonos á apreciaciones muy sustanciales. Si nos es permitido continuar el trabajo que hemos emprendido, en la introduccion á la *Historia de la Edad Media* podremos ser más extensos.

Una nueva religion, una nueva constitucion monárquica, hé aquí lo que el triunfo definitivo de Constantino significaba; su fórmula material fué la fundacion de una nueva capital entre los griegos del Oriente, en el centro del mundo antiguo, sobre el Bósforo, en el lugar ocupado por Bizancio. Esta capital, admirablemente situada, tomó el nombre de su fundador *Constantinopla*. El emperador quiso hacer de ella una nueva Roma, llenándola de pomposas construcciones y aglomerando en su vasto recinto muchas de las maravillas del arte griego.

Aquella fué tambien la capital del cristianismo; ya hemos visto que Constantino nunca fué por completo un cristiano y sus complacencias con la vieja fé pagana lo prueban. Pero una inclinacion personal á la religion nueva, la corriente de la opinion que aunque no enteramente cristiana, sí exigia que se dejase en libertad á cada uno para pro-